

nía alegría, buen humor y bravura; no deseaba más que trabajar para vivir y, como jovial, cantar, bailar y festejar. Y desde que nuestro progreso le tocó, helo triste y sombrío. Ese pueblo es aún un niño, pero un niño profundamente disgustado; nosotros le hemos destrozado sus ingenuos entusiasmos con tantas injusticias, le hemos turbado y enloquecido, hemos roto su gran resorte, hemos extinguido la vida en sus orígenes.

Eso mismo sucedió á los gauchos, no ha mucho uno de los tipos más perfectos de nuestra especie. Sencillos, felices, inocentes, merecieron que se diese á sus islas el nombre de «Afortunadas». Nosotros los suprimimos — ¿por qué y cómo?... Y cuando haya desaparecido el último de esos pobres aleutas se oirá decir:

«¡Qué lástima!»

LOS APACHES

Cazadores, nómadas y bandidos

El nombre de apaches es el término genérico que se da á varias tribus indianas de la América del Norte, entre las cuales diversos autores comprenden los camachos, los navajos, los mohavos, los hualapais, los yumas, los yampas y los athapaskes meridionales, dividiéndose ellos mismos en hordas numerosas, de entre las cuales designaremos los mescaleros, llaneros, zicarillas, chiriguais, kotchis, piñaleños, coyoteros, gileños y mimbrenos. Los apaches propiamente dichos se han dado á sí mismos el apelativo de *Shis Inday* ú hombres del bosque. Recorren, más bien que habitan, el vasto territorio de límites indecisos que desde las riberas del Gran Lago Salado al Norte baja hacia Chihuahua al Sur, y se extiende desde la California y el Sonora al Oeste hasta Tejas y Nuevo Méjico al Este; está surcado por el río Grande que desemboca en el Atlántico, por otro río Grande y por el río Gilo, que desembocan en el Pacífico. Región rocosa, elevada de

700 á 2.000 metros sobre el nivel del mar; sus capas de lava están cortadas por *cañones* ó abismos, profundos hasta de un millar de pies y anchos de otros tantos practicados por los arrastres de las aguas. Por encima de los llanos se levantan numerosos picos desligados, muy escarpados, excesivamente fríos en invierno; la mayor parte emergen de las selvas, refugio de los hombres y de las fieras. Durante diez meses, desde lo alto de un cielo sin nubes, el sol arroja ardores tórridos sobre las arenas de la llanura y los pedruscos del monte; luego, al llegar la noche, el frío siéntese súbitamente al salir las estrellas. Los rápidos cambios de temperatura producen ráfagas de viento que levantan torbellinos de polvo alcalino que irrita los ojos y pulmones. Durante quince días en Abril y seis semanas en Octubre y Noviembre, la lluvia cae como en cataratas, y poco después las fisuras de las peñas y las depresiones del terreno verdean y florecen. Los carneros salvajes, los antílopes y los ciervos salen de sus guaridas y detrás se deslizan los coyolcos, el oso, el lobo, la hiena y el apache, temido de los hombres y de los animales.

El apache es una hermosa bestia feroz. Hablemos de los apaches granívoros, ó más bien omnívoros. Los navajos, los mohavos y los camanchos, los cuales se alimentan de una comida bastante variada, gracias á su agricultura naciente; son casi todos de una estatura

de seis pies y las mujeres no desmerecen en esbeltez. El pecho y los brazos, de vigorosos músculos, las extremidades finas, los rasgos agradables con frecuencia; ojos grandes de negro brillante, de reflejo singular y de un poder de visión verdaderamente extraordinario; la cara bastante larga; el conjunto es soberbio. El color recorre todos los tonos, desde el claro obscuro al castaño bronceado, pasando por rojo ladrillo; el cabello es negro y, cosa notable, la barba bien poblada. Con frecuencia se les ha señalado como uno de los bellos tipos de la especie humana.

No puede decirse lo mismo de los apaches propiamente dichos, casi exclusivamente carnívoros, y que nos describen negros y desagradables: máscara impassible, cara arrugada y mortecina; ancha figura, nariz aplastada, pómulos salientes, boca grandísima, labios finos, mirada diagonal. Los ojos ligeramente oblicuos y cuyo brillar vidrioso recuerda el del coyolte, son más fulgurantes que los de los indios del Norte. Los cabellos de un negro mate, jamás peinados, caen sobre las espaldas en espesos bucles; por lo demás, carecen casi completamente de pelo y vello. Al lado de sus grandes vecinos, parecen éstos desmirriados, pues su talla media no es más que de cinco pies y cinco pulgadas.

Los cactus ensangrientan y desuellan á los caballos y mulos antes que hacer mella en la piel de un apache. Su tegumento recio es poco sensible á la acción de la temperatura. En las horas de más ardiente sol van y vienen sin ninguna protección; pero cuando tienen un momento para recrearse, lo mismo que los indígenas de

Australia y los adamanes, se cubren éstos la cabeza con un casco de barro tierno que les procura agradable frescura y les desembara de insectos. Por las mismas razones se cubren el cuerpo de una capa fangosa. Suelen gastar calzado á veces, modesto lujo que protege sus pies de las espinas, y á este efecto, la gruesa suela se levanta en punta larga y curvada. En cuanto á los vestidos propiamente dichos, se atavían menos por higiene, y aun menos por pudor, que por vanidad y coquetería, para hacerse valer: los hombres se adornan con cualquier trofeo de muerto ó de rapiña; las mujeres jóvenes, con un trapo cualquiera de color, con un jubón de corteza, con una guedeja que adornan con barras y sedales hábilmente suavizada, frotándosela con sesos. Algunas se taracean la barba; la suprema elegancia es embadurnarse con colores chillones. Las abluciones no ponen en peligro las pinturas con que se adornan, pues sólo se bañan por placer y el agua está escasísima. Sea á causa de su falta de limpieza, ó bien porque sólo se alimentan con carne, y principalmente con la de caballo, asno y mulo, esos apaches, que nos recuerdan los hipófagos de Solutré, cuyas osamentas han sido encontradas mezcladas con las de cincuenta á cien mil caballos, esos apaches, decimos, exhalan un penetrante olor equino, sobre todo cuando están sudados. Las cabalgaduras retroceden en su camino en cuanto huelen algo. Consignemos una vez más que la limpieza del cuerpo es lo más frecuente un signo de civilización ya bien avanzada. Al llegar á la pubertad, se les arrancan los pelos de las

cejas á las mujeres, y más tarde hacen lo propio con las pestañas pelo á pelo. ¿Es acaso para embellecerlas?

Sus chozas, en forma de pilón de azúcar, cuyos alrededores están amontonados de carroñas infectas y materias fecales, están construídas con huesos, ramas entrelazadas, hojas y carrizos, que cubren con pieles, tierra y losas. Durante la mala temporada, nuestros salvajes se suelen refugiar voluntariosos en las grutas, en donde encienden grandes fogatas, y, cubiertos de sudor, se acuestan sobre las frías losas, lo cual les cuesta ser diezmados por el reuma y las pulmonías; una herida grave les haría menos daño. Sólo se encuentran en su centro cuando están al aire libre; bajo una cubierta se encuentran oprimidos, como encerrados entre murallas; sólo gozan realmente de la vida en sus expediciones. Cuando las noches son demasiado frías y el viento muy helado, se amontonan encogidos en una hondonada, ó se introducen en cualquier hoyo para dormir algunas horas.

En otro tiempo el bisonte se encontraba en toda la América del Norte; en rebaños innumerables recorrían el continente desde el Gran Lago de los Esclavos hasta el golfo de la Florida. Pero hoy la carabina del blanco los ha exterminado en toda la parte meridional, están bien diezmados en la comarca septentrional, y las poblaciones á que alimentaban padecen no poca hambre. «Matad los bisontes, decía un

gobernador de los Caras Pálidas; vuestras balas herirán de rechazo á los indígenas.» Y fué comprendido; tanto, que los apaches se ven reducidos á la caza menor. Su arma, la más peligrosa, es la infinita paciencia con la que inmoviliza su cuerpo rojizo detrás de las piedras y las malezas grises. Se les ha visto cubrirse de tallos de hierba y transformarse en verde planta; entre yucas se convierte en yuca; en monte raso se extiende sobre una manta de lana, tan bien teñida y moteada de color de tierra, que soldados mandados en su persecución los confundían con bloques de granito; son tan hábiles en sus mixtificaciones como los bhils de la India y los salvajes de Australia.

A pesar de su destreza, como carecen de agricultura en su buen sentido, y de animales domésticos, la despensa de esos desgraciados está vacía frecuentemente. Por eso no desprecian nada de lo comible y atacan con buen apetito bellotas, frutas diversas, bulbos, bayas y raíces, recogen cohombros, calabazas y ciertas habas que crecen espontáneamente. Siembran algunos granos de un maíz raquíto, pero la casi totalidad de su alimentación es animal: gamos, ciervos, carneros salvajes, codornices, ardillas, ratas, gusanos y culebras. Nada de falsa delicadeza. No se discute la calidad sino cuando la cantidad abunda; sólo se elige cuando existe lo superfluo. Cuando hay alimentos á pedir de boca, los pobres salvajes se hartan, engullen enormes trozos. Pero entre ellos la escasez es el estado normal. La corta primavera va seguida de un largo y ardoroso verano; bien pronto las hierbas se

secan y los herbívoros mueren ó desaparecen; los carnívoros perecen ó viven en lamentable estado. Se soporta estoicamente el hambre, pero cuando la carencia se prolonga, la muerte sobreviene.

Cuando el país no puede alimentar al habitante, éste tiene que proveerse en otra parte. El clima y el suelo transforman en nómadas, cazadores, brigantes y ladrones á los apaches en el continente americano, y á los beduinos de Kourdes en el continente asiático, poco más ó menos bajo las mismas latitudes. Montados sobre rápidos caballos — pues son grandes ginetes, — los hambrientos van al merodeo; en grupos de tres ó cuatro, raramente más de una docena, pues hay que vivir andando, recorren enormes distancias en busca de alguna presa; felices cuando caen sobre cualquier miserable hierbajo ó encuentran bandadas de langosta, dragones ó pájaros de paso; mientras tanto mastican su tasajo, secado al sol, ó ayunan hasta que la buena Providencia les dirige hacia una ranchería aislada, ó sobre una caravana de viajeros. No atacan á cara descubierta más que cuando no pueden hacer otra cosa, ó en los casos de superioridad evidente. Se emboscan como lobos; se ocultan, se agazapan durante días enteros, se disimulan confundiendo con arbustos, rocas ó troncos, y en el oportuno momento se arrojan sobre sus víctimas, matando á los hombres, llevándose á veces á las mujeres para hacerlas sus esclavas, á los niños, sobre los cuales piden luego rescate, ó crían para hacerlos hábiles bandidos; pero ante todo se apoderan de caballos y mulos que con-

ducen por delante hacia un ható. Antes que se les pueda perseguir, han huído como el viento por laberintos de montes, barrancos y desfiladeros, por desiertos de ardiente arena, verdaderos lagos de fuego, «jornadas de muerte», como dicen con propiedad los mejicanos. Pumpelley dice que, viajando al través de esas horribles regiones y el cansancio subiéndole al cerebro, fué presa durante algunos días de un acceso de locura. Esos rapaces están por los montes y desiertos como en su casa, doblan y triplican las etapas. Maltrechas por golpes y heridas, rendidas y despeadas, las caballerías capturadas caen muertas ante el cubil de esos lobos y lobeznos con figura humana, y cuya muerte saludan con aullidos de alegría.

Avidos, ansiosos, con los dientes afilados, no siempre esperan que sus presas mueran. Arrojándose sobre ellas, las devoran aún vivas: unos cortan y pinchan; otros arrancan los miembros y los hacen pedazos á fuerza de tirones, sin preocuparse más de los sufrimientos de la víctima que el civilizado deleitándose ante una ostra rociada con unas gotitas de limón, y sin creerse más cruel que el cocinero que abre una anguila retorciéndose entre sus uñas. Después de haber calmado los primeros furores del hambre, tienen la delicadeza de intentar asar algunos pedazos, pero la paciencia les falta y se engullen los trozos de carne ahumada y caliente, aderezada con algunos carbones prendidos. Las entrañas pasan por bocados exquisitos, por pedazos de honor. Sobre la carne del

animal todos tienen el mismo derecho, pero el cazador que abatió la presa reclama su piel ó su pelo.

Esas orgías en las que el hambre se sacia, fiestas supremas de los miserables que están expuestos con frecuencia á perecer de inanición, recuerdan el gran acto de los misterios dionísicos: iniciados é iniciadas arrojándose sobre el cabrito, símbolo de Baco Zagreo, mordiéndolo en los temblorosos miembros crudos, metiendo las manos ensangrentadas en las vísceras desgarradas y disputándose el corazón para devorarlo cuando aun palpita.

Entre los comedores de carne cruda y los caníbales, la distancia pasa por ser mediocre; á los apaches se les acusa de antropofagia. El hecho no está probado. Un día, sin embargo, debieron decir que los puntalis, tribu más hacia el Norte, no eran buenos para ser comidos por tener su carne un gusto muy salado.

Como armas, los fusiles, aun raros, no han suplantado las lanzas y flechas, con puntas de madera endurecida, de obsidiana y de cobre natural, á veces también de hierro y una especie de bronce, el cual, según dicen, tiene la dureza y la elasticidad del acero, y que debe ser obtenido por la fundición del cobre sobre hojas verdes.

Nuestros autores no están de acuerdo sobre el capítulo de las relaciones sexuales. Parece haber para el animal humano, como para las fieras, una época

del año consagrada al amor. Según Baucroft, los apaches propiamente dichos se distinguen de sus vecinos más civilizados por la castidad que imponen á sus mujeres antes del casamiento. No es que el marido carezca del derecho á repudiar su mujer al menor capricho, y hasta reembolsarse del precio que pagó por ella; no es que la mujer, por su parte, no pueda abandonar á su marido, sino que el hombre abandonado recibe una ofensa que es necesario lavar en sangre inmediatamente. Sin demora debe dirigirse á derecha ó izquierda y matar á un hombre en cualquier parte. Por la ofensa hecha á su honor alguien ha de morir; la ofensa era personal, pues la venganza también ha de serlo; el gran salvaje no ve en ello nada que no sea perfectamente legítimo.

Por otra parte, se nos cuenta que ellos no conocen el casamiento, que el emparejamiento es facultativo, que hasta en ciertas ocasiones la promiscuidad es general. Así lo dice Schunitz, que es una autoridad en la materia y habla como testigo ocular. Las dos opiniones pueden no ser irreconciliables. La comunidad de las mujeres no es absoluta. El jefe de banda, al volver de una expedición de pillaje, tiene el derecho de adjudicarse una de las cautivas. Si él le pone un adorno cualquiera en el cabello, la raptada «es la parte del capitán»; nadie la tocará sin su permiso. Si quiere tomarla como mujer por mucho tiempo, le romperá una flecha sobre la cabeza: por este acto deja ella de ser una persona para convertirse en cosa del vencedor.

Este mismo simbolismo existe entre los tártaros nómadas; véase lo que dice Radloff:

«Kasmak cogió á la joven Kalmouke, tomó un pañuelo, se lo puso alrededor del cuello y disparó una flecha por encima de su cabeza...»

Los antiguos griegos clavaban también su javelina en el caballo de sus prisioneras, que decían haber ganado «con la punta de la lanza». Nosotros tomamos sobre el caso la institución del matrimonio, en lo que se refiere á captura y acaparamiento. De esta primera apropiación vendrán las otras formas. Porque no es la propiedad la que procede de la familia, como los teóricos afirmaban *á priori* no ha mucho; es, al contrario, la familia la que se deriva de la propiedad; la familia, según la palabra indica, empezó por no ser más que un rebaño de esclavos.

Aun cuando sus casamientos no sean más que rudimentarios, aparecen ya complicados con algunas insancias. Los recién casados evitan el encuentro con sus suegros, ó los que nosotros llamamos tales: durante la caza, para no errar las piezas; en tiempo ordinario, para que las uniones no sean infecundas. A pesar de sus precauciones, las mujeres pierden bien pronto la facultad de tener hijos. ¿A qué edad? Sería difícil precisararlo: apenas si saben ellas lo que es un año, y se preocupan poco de contar los años.

De un embarazo á otro, el intervalo ordinario es de tres años, durante los cuales se amamanta al niño; éste permanece junto á su madre hasta que coge un fruto por sí mismo y ha cazado una rata sin ayuda de nadie. Después de estas hazañas, va y viene por donde quiere; es libre ó independiente, está en posesión de

todos sus derechos civiles y políticos y no tarda en confundirse con el grueso de la horda. Los padres serían mal vistos si castigaran á sus hijos ó les reprimiesen severamente. Cosa tan seria no tiene lugar sino con el consentimiento de la tribu entera, la cual no ha abdicado de sus derechos de paternidad colectiva, no los ha delegado aún en los jefes de familia, en la capacidad individual. La tribu usa raramente de su derecho, y hasta casi jamás, puede decirse; teme demasiado disminuir la ferocidad nativa de los niños, ferocidad que les hace atrevidos é indomables. Un navajo decía que si él se permitiese corregir á su hijo, éste no tardaría en dispararle un flechazo desde detrás de un árbol. Es preciso dar á todo joven las virtudes necesarias para el bandidaje. Y sin ir muy lejos, entre los mejicanos, al lado del que sirve de guía, un soldado resulta casi inofensivo; y eso que hay entre militares algunos que se alaban con frecuencia de no ser extraños al noble oficio de batidores de campo.

Un estado social tan primitivo no deja puesto á los débiles. Los fuertes no tienen bastante para ellos, ¿cómo van á consentir la impedimenta de los enclenques? Sin embargo, algunos lisiados en las luchas consiguen vivir durante algún tiempo; siguen como pueden las expediciones y tanto peor para ellos si no llegan á tiempo al reparto del botín. *Tarde venientibus ossa.* Los que se arrastran deben morir. Algunos, no obs-

tante, encuentran refugio entre los vecinos mejor provistos que pueden compadecerles. Alguna vez los compañeros más robustos, sus amigos, los niños tal vez, despachan al miserable de una lanzada, ó le ahogan cargádoselo á la espalda, luego les pasan un bastón por el cuello, á cuyos extremos se cuelgan dos fornidos camaradas de buena voluntad.

En esas condiciones los enfermos no corren mejor suerte que entre nuestros amigos, ya conocidos, los tchouktches; se convierten en una carga para la comunidad y ésta prefiere que la enfermedad sea breve, que perezcan ó que desaparezcan prontamente. Para curar á los calenturientos, la tribu entera se ocupa en tocar el tambor durante varias noches seguidas; procedimiento no menos racional ni menos eficaz que el de aliviar á los pobres y á los indigentes con bailes de beneficencia y conciertos de caridad.

Sucede, pero muy raramente, que se lamente una muerte; es preciso ser muy notable para obtener obsequios de alguna solemnidad. Generalmente el cadáver se envuelve con algunas pieles, se sube á lo alto de una colina y se oculta en la pendiente expuesta á Oriente; se espera, sin duda, que el sol guardará al difunto y le despertará cuando llegue la hora.

Poseen el pequeño bagaje intelectual común á la mayor parte de los pieles rojas: la noción de un Grande Espíritu, tal vez hasta de varios, la tradición de un